

PRESENCIA DEL CARIBE EN LA NARRATIVA INSULAR VENEZOLANA¹

Aura Marina Boadas

UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA

Al observar la costa venezolana encontramos territorios que, a pesar de su vínculo caribeño, tienen rasgos específicos. Efectivamente, en Venezuela existe un "Caribe negro", formado por aquellas regiones donde hubo asentamientos de esclavos y donde hoy permanecen sus descendientes; un "Caribe urbano" representado por las ciudades situadas en la franja norte del país; un "Caribe portuario" de costas y un "Caribe insular", donde se cuentan las islas venezolanas.

En el presente trabajo limitaremos nuestra observación a un solo componente: el insular. Esto con el fin de determinar, a partir de un corpus conformado por muestras de la narrativa del presente siglo, las manifestaciones o rostros que asume el Caribe en la óptica de los hombres que pueblan estos territorios (islas de Margarita y Coche). Específicamente nos interesa descubrir la percepción que tiene este hombre de sí mismo y de su entorno inmediato (su isla, el continente y el resto de las islas).

A partir de las obras seleccionadas se observan tres grandes tendencias o etapas : la primera, se extiende desde comienzos del presente siglo hasta 1960; la segunda, de 1960 a 1980; y la tercera, de 1980 hasta nuestros días. Hemos podido comprobar que estos cortes cronológicos coinciden con cambios de índole social, económica y política que tuvieron lugar en los territorios que estudiamos. De esta forma, la literatura asimila en cada momento la nueva realidad planteada y se hace eco de estas transformaciones a una distancia de diez o quince años.



¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en la XX Conferencia de la Asociación de Estudios del Caribe (CSA) en Curaçao, 22-26 de mayo 1995

Visión de sí mismo

En las obras escritas desde comienzos del presente siglo hasta 1960 aproximadamente, el hombre se caracteriza por su valentía, fuerza y osadía. Se narran sus hazañas en la mar, pues, pescadores en su gran mayoría, estos individuos se ven enfrentados a los peligros naturales de cualquier travesía: ballenas, tiburones, mar picada, trombas, vientos huracanados o ausencia total de los mismos, quedar a la deriva o ... naufragar. Todas estas situaciones son manejadas con gran aplomo y conocimiento de las acciones a emprender en cada caso.

La salida a la mar tiene como motivo esencial ganarse el sustento, bien sea gracias a la pesca, o bien, mediante el comercio de mercancía bajo la figura del contrabando. Sin embargo, en ocasiones, esta fuente de ingresos se hace insuficiente y es entonces cuando algunos personajes, aun contra su fuero interno, se ven impelidos a abandonar la isla en busca de otros horizontes. Las opciones no son muchas, incluso podemos afirmar que sólo una se presenta como válida: el campo petrolero.

De esta forma, la emigración aparece caracterizada en las obras como un autoexilio económico. Los personajes insisten en explicar que se van de la isla no porque quieran abandonarla, sino porque materialmente no pueden subsistir allí en condiciones de pobreza tan extremas. El éxodo es masivo y es presentado como una opción para ganar un poco de dinero y luego volver a la isla, con recursos que permitan mejorar las condiciones de vida. Así lo asume uno de los personajes en la siguiente escena:

Se lamentaba de no contar con dinero para comprar otro bote, y pensaba que lo mejor era embarcarse para Maracaibo en busca de su primo Loreto que trabajaba en las petroleras : si trabajaba duro y ahorraba con fundamento en seis meses tendría el dinero para comprar otro tres puños.

(Deffitt Martínez, 1983: 90-91)



Estas referencias al campo petrolero reseñan el sentir de los personajes antes y en el momento de partir, obviando la vida de estos migrantes una vez llegados a su destino. Sólo en *Campo Sur* (1960), novela de Efraín Subero a la que nos referiremos en el aparte dedicado a la visión del continente, se puede conocer la cotidianidad del campo petrolero, lo cual resulta poco representativo ante la gran cantidad de referencias a la partida. Entonces, consideramos lícito afirmar que la vida del exilio es una

página perdida en la narrativa insular venezolana. A este respecto, podríamos aventurar como explicación a este silencio la censura de los residentes hacia los que no retornaron a la isla luego de mejorar sus condiciones de vida.

La visión de sí mismo también está impregnada de un sentimiento que siempre ha acompañado al hombre insular como es la soledad. En la mayoría de los personajes se pone de manifiesto, bien sea cuando navegan y están en altamar rodeados de azul, cuando descansan durante el día antes de hacerse a la mar nuevamente, o bien, cuando parten hacia otros puertos. En realidad, no estamos ante personajes que se aíslan, muy por el contrario, ellos hacen gala de un gran compañerismo y solidaridad, sin embargo, sus reflexiones permiten oír la voz interna de seres profundamente solitarios:

El sol de las cuatro de la tarde, ya no era tan fuerte, pero daba la impresión de que el mundo estaba vacío, apenas tenía mucha agua, un agua, inmensamente azul, como azul el cielo, como la misma soledad que acompañaba aquellos marineros.

(Deffitt Martínez, 1983: 110-111)

A partir de la década de los sesenta y aproximadamente hasta la de los ochenta, las obras que nos sirven de *corpus* para este período, reinciden en el tema de la pobreza y la falta de recursos. Por consiguiente, la partida de la isla continúa; no obstante, aquí el destino se diversifica pues además de los campos petroleros, también vemos personajes que se van para continuar sus estudios en la capital. El sentimiento que impera es la nostalgia, y por ello se entiende que el estar lejos del terruño genere en los personajes todo un proceso de añoranza. Se observa aquí una evolución, pues en el estadio anterior predominaban la esperanza y la expectativa ante un nuevo destino; ahora ya ha terminado ese tiempo de anhelos, para dar paso al cansancio de estar ausentes, "expatriados".

Sin embargo, a pesar del intenso amor que profesan por su isla, estos hombres están conscientes de estar viviendo en otra realidad, la del campo petrolero para unos, la universidad para otros. Estos serán los espacios del compromiso político: para los primeros, en los sindicatos que defenderán las reivindicaciones laborales de los obreros; para los segundos, en la guerrilla urbana. De esta forma, la añoranza no paraliza a los personajes sino que complementa su vida interior, manteniéndoles viva la luz marina de su isla, mientras se incorporan a la vida de la nación.



A partir de la década de los ochenta, se nos presenta una dualidad pues las obras se hacen eco de dos voces distintas, por una parte se oye el murmullo del hombre que permanece en la isla, rodeado de miseria y golpeado por el abandono gubernamental, por la otra, escuchamos la voz, mezcla de vergüenza y de resentimiento, de un hombre de la isla que partió al exilio y que vive su condición de insular como un pesado fardo, como una herencia de la que se quiere deshacer para simplemente nunca más tener que volver a la isla. Se oye decir a un personaje:

...antes de montarme en el avión: escupiré en el piso como quien, habiendo fumado un mal tabaco, trata de apartar de sí hasta el último recuerdo de amargor, como quien, cansado de tanta injuria, trata de injuriar y no tiene cómo.

(Rosas, 1993:71)

Los sentimientos que los personajes dejan traslucir en este momento son de miedo, terror e impotencia, ante la terrible situación de miseria (humana y social) que hunde a la isla en el más irremediable naufragio, ante la actitud complaciente de todos. Es importante señalar en las obras de este período la aparición recurrente del humor, ello no ha de extrañar pues se trata de un recurso de excelencia, por su mordacidad y su fuerza, para el tipo de denuncia que están haciendo estas obras.

Visión de la isla

La percepción que los personajes tienen de su isla es bastante homogénea. Con esto queremos señalar que no se presentan cambios en cuanto a la valoración que los personajes hacen de su espacio. En el aparte anterior, referimos la variación de los sentimientos de los personajes en cuanto a sí mismos con el pasar del tiempo; paradójicamente, su mirada hacia el espacio insular se mantendrá sin mutaciones.

Las descripciones de la isla son antagónicas pues la belleza de los espectáculos naturales como los crepúsculos y ensenadas irrumpe con fuerza en algunas obras, mientras, por otra parte, también la miseria hace su aparición para pintarnos la dureza y esterilidad de la tierra, la sequía, el sol abrasador, el hambre, la ignorancia, todo en forma simultánea. La desesperación estalla en la voz de un personaje: "*Gritó que el hambre era costumbrismo, tradicionalismo, nativismo, modernismo, contemporaneidad*". (Guerra Salcedo, 1991a :39)



El *corpus* estudiado exige que hagamos especial mención de la omnipresencia de la mar. Se trata de un elemento que recorre las obras permanentemente, bien sea presentándose como eje temático, para lo cual los títulos de algunos textos son bastante ilustrativos: *Cuando la mar se puso brava*, *Los peces tienen sed*, *La balandra de la madama*, *Las velas vacilantes*; o bien, de forma más interna, integrándose a la visión del mundo de los personajes, los cuales estructuran su espacio a partir de su vecindad con la mar, proximidad que no sólo es física sino mental pues en su vida cotidiana y para referirse a otras realidades distintas los personajes extraen sus elementos de comparación del medio marino. Sirvan de ejemplo las siguientes citas donde un personaje reflexiona sobre su condición de preso en los siguientes términos: "Ahora estaba encerrado dentro de una inmensa piragua de piedra", o bien, "Y sin embargo, yo no conocía esta angustia, definida como un anzuelo, acerca de lo que iba a ser de mí, acerca de lo que yo podía hacer por cambiar mi destino". (García, 1960: 10,11)

Es altamente significativo que el sistema referencial de los personajes esté "anclado" -para mantenernos en el mismo registro metafórico- en la vida vinculada a la mar, tal como lo dejan ver las expresiones "piragua de piedra" para designar una cárcel y "anzuelo" para aludir a una angustia punzante, en razón de que ésta no parece ser una constante en el resto de las literaturas caribeñas, muchas de las cuales parecen haberse desarrollado de espaldas a la mar.

En términos generales, la relación con el espacio propio es dual pues adopta tanto un aspecto positivo como uno negativo. La isla es hermosa pero miserable; la mar es compañera de soledades y fuente de alegrías mas también zona de naufragios y de viajes sin retorno.

Visión de las otras islas

La narrativa insular venezolana presenta, en lo que hemos denominado primer período, numerosas referencias a la geografía caribeña. Las islas son mencionadas una tras otra: Puerto España (Trinidad), bahía de paso en las travesías; Curazao Chico, puerto de abastecimiento de "paco-tilla" (mercancía) para contrabandear; Los Roques, lugar de la amistad y el compadrazgo; Las Aves, punto de referencia geográfico; Punta e Lacre (Bonaire), la del faro guía; Los Frailes, guardia de avanzada; La Martinica, paraíso de navegantes hábiles; La Orchila... Los Testigos...



En algunos casos, la referencia se carga de contenidos, cuando los personajes emiten opiniones. De esta forma, al contacto con sus respectivos puertos, Curazao, es sinónimo de modernismo por su desarrollo hotelero; Trinidad, en cambio, es asociada con prostitución y miseria. Esto nos parece significativo pues pone de manifiesto que los personajes no ven el Caribe como un todo homogéneo, sino que por el contrario, son capaces de dar una valoración distinta a cada uno de los territorios, lo que indica la existencia de cierta proximidad, de un conocimiento cercano que permite asignar a cada isla la especificidad que le es propia.

Las relaciones que se establecen entre los personajes de las islas venezolanas y los de las otras islas rara vez son referidas. Sin embargo, las pocas veces que aparecen, éstas se ven signadas por la cordialidad y la solidaridad. En el cuento *La balandra de la madama* (1970) de Rosaura Rosa Acosta, el pueblo ayuda al rescate y a la reconstrucción de un barco trinitario que ha sufrido los embates del mal tiempo.

Constatamos que cuando se habla de las islas del Caribe, los personajes incluyen a las islas venezolanas, como parte del archipiélago. Esto es ampliamente significativo pues demuestra los vínculos de hermandad existentes entre los habitantes de todos estos territorios y, fundamentalmente, el hecho de que los isleños venezolanos se ven a sí mismos formando parte de la realidad caribeña.

Las observaciones antes señaladas no son válidas para las obras del segundo y el tercer período, donde las referencias al resto de las islas disminuyen violentamente, poniéndose de manifiesto un cambio en la mirada de los personajes, la cual deja de focalizar en las islas para tomarse hacia el continente.

Visión del continente (Venezuela)



El continente representa, en las obras del primer período, la opción de cambio. Esta "tierra firme" como la denominan los insulares va a estar representada por diferentes destinos, todos en Venezuela. Los más recurrentes son Maracaibo y Maturín, ciudades que tenían asentamientos petroleros donde los insulares fueron en busca de mejores ingresos. Sin embargo, esta posibilidad de obtener recursos se ve empañada por la forma como se dan las relaciones humanas en el campo petrolero donde se establece una relación de poder opresor/oprimido entre los nacionales y los representantes de las compañías explotadoras del "oro negro" o

“excremento de diablo”, según la perspectiva que se adopte. La tensión llega a tal punto que algunas imágenes nos hacen pensar en la segregación que se dio en los campos de concentración europeos: “*iEs preciso reforzar las alambradas del campo! iEs preciso aumentar el número de vigilantes en el portón!*” (Subero,1960:8)

Afirmábamos en líneas anteriores que, así como la partida en busca de mejores condiciones es un tema obligado en las obras analizadas, la vida en los campos petroleros no era un motivo recurrente. Aventuramos la explicación de la censura a los coterráneos que no regresaron, sin embargo la cita anterior nos hace pensar también en la posibilidad de una conmiseración hacia aquéllos que partieron y que viven en condiciones de represión. Pareciera instalarse una suerte de “pena ajena” y por consiguiente un no querer hablar de cómo viven los que se fueron con todas las ilusiones puestas en un futuro mejor, para al final, en su gran mayoría, trocar la miseria de la isla por el sometimiento a un nuevo rigor existencial.

Para los personajes que no emigraron y permanecieron navegando por las aguas del Caribe, su referente continental es la Guardia Nacional, que patrulla con la finalidad de controlar el comercio ilegal; por ello, cada encuentro se convierte en una persecución tras los contrabandistas insulares, que en algunas ocasiones logran escapar del arresto huyendo o echando por la borda las mercancías, mas en otros casos van irremediablemente a dar al calabozo.

Esta doble representación que rige la percepción del continente en las obras escritas hasta 1960, tuvo en años subsiguientes la incorporación de otros componentes producto de la reflexión de los personajes sobre su realidad. Por una parte, se pone de manifiesto el descontento ante la desidia de las autoridades gubernamentales nacionales, radicadas en Caracas, quienes han dejado a la isla en el abandono. Se les reclama la precariedad de las infraestructuras educacionales, sociales, laborales... en la isla. Este es el origen de la queja de un personaje que hace el siguiente comentario:



Había una vez una bandera que tenía el color de un carajito con la barriga grande y un hospital gris y basura (...), que cobijaba muchos seres sin horizontes...había una vez una bandera que tenía el color de la amargura. La izaban manos sin fin, generación con sed, salobre...

(Guerra Salcedo, 1991b: 73)

Más recientemente, el otro componente que se hace presente, es la identificación del continente como el lugar de donde proviene una nueva invasión que está asolando la isla, bajo la figura del turismo y el puerto libre. Llegada masiva que ha ido transformando todo y acabando con los espacios de la memoria, dejando a los insulares sin referencias, sin puntos de cohesión, de encuentro. Como ciegos los personajes desandan sus pasos en busca de algo que no logran identificar, posiblemente de un pasado que ya no quieren encontrar. Dice un personaje:

Camino con las manos en el bolsillo y compruebo que no tengo recuerdos: no asocio pasado con presente las cosas no me dicen nada, no y, sin embargo, sé la historia de cada tienda (...), pero me da igual que la librería Avance no esté y una nosequecosa-ganga ocupe su lugar.

(Rosas,1993:26)

El continente tiene como constante el estar representado como un espacio hostil: es el lugar del maltrato y la segregación en la época del éxodo masivo hacia los campos petroleros, también es el territorio desde el cual "hoy llegaron unos hombres distintos, con agallas inmensas" (Guerra Salcedo, 1991c:33), en definitiva, es el lugar de donde se espera pro venga un destino mejor que nunca se hace presente.

Visión de las islas venezolanas desde el continente (Venezuela)

La isla de Margarita constituye un espacio ampliamente referido en diversas obras narrativas de nuestro país. Las alusiones son de diferente índole, sin embargo la recurrencia de algunas de ellas nos permite tipificarlas en los siguientes términos: religiosidad, tendencia al éxodo, estrecha relación con la naturaleza, carácter marinero, historia, mitos.

La religiosidad se presenta bajo la forma de una advocación a la Virgen del Valle.

Puede leerse en **Casandra** :

La Virgen del Valle es la madre espiritual de los pueblos marinos del Oriente venezolano. [...] Ella representa el vínculo social más profundo, el puente de la armonía entre el marino y el gubatario, entre el pescador y el dueño del tren, entre el contrabandista y el buzo, el contrabandista y el celador del Res-



guardo, entre la ola y el náufrago. Y es, asimismo, la que detiene las nubes viajeras para que vuelque sus odres viajeras sobre la isla.

(Díaz Sánchez, 1980:79-80)

Se ilustra aquí cuán ilimitada es la confianza del pueblo en los poderes de la Virgen. Y su carácter de "vínculo social" no puede menos que hacernos pensar en el rol cohesionador que la religión tiene en otras islas de la región, basta citar a manera de ejemplo la santería en Cuba y el vudú en Haití.

La relación del hombre con la naturaleza es muy estrecha pues la mar, los huracanes, las marejadas, la sequía...determinan el quehacer de los personajes, que deben adaptarse a sus condiciones. La intensa presencia del mar ha determinado la existencia de una tendencia que podemos denominar "carácter marinero". Es una suerte de vocación del margariteño para entregar su vida al mar. Si bien la isla tiene extensiones propicias para la ganadería y la agricultura, el elemento marino es privilegiado en las novelas que refieren escenas margariteñas, aspecto que coincide con el tratamiento que se hace del elemento mar en las propias novelas margariteñas. Llama profundamente la atención el hecho de que el mundo pareciera verse a través de un cristal líquido que tñe la percepción con los colores del mar y del crepúsculo. Al ser imposible retener el mar en espacios continentales, como los referidos en las novelas que estudiamos, los personajes recrean su habitat insular:

Si no fuese por el color, exteriormente la casa de Juan sería igual a las otras. Pero estaba pintada de azul y esto la hacía diferente, interiormente era como un pequeño navío o museo de la marina.

(Díaz Sánchez, 1980: 74)

Se trata de una visión del mundo que el traslado físico no ha podido transformar pues el sistema de metáforas y comparaciones que utilizan siempre está vinculado al mar:

Aquella torre iluminada en un recodo de la sabana en tinieblas adquiriría, desde lejos, relieves de faro marinero o de lato navío encallado.

(Otero Silva, 1962: 62)



Esta percepción del entorno coincide con la que presentan los escritores de la isla.

Mito e historia son elementos que también irrumpen con gran fuerza en estas obras que tienen la isla de Margarita como referente literario. La historia oficial, la que recogen los libros de texto, se pone de manifiesto en obras como "Bajo la noche tropical", cuento de Enrique Bernardo Núñez donde se refieren sucesos de la época colonial acaecidos en las islas de Margarita y Cubagua; en **Lope de Aguirre, príncipe de la libertad** de Miguel Otero Silva o en **El camino de El Dorado** de Arturo Uslar Pietri, donde se narran las acciones en tierra margariteña del guerrero tildado por el pueblo "el tirano Aguirre"; y en Isla de Aves de Ángel Galetti, novela que recoge la relación de litigios territoriales que han existido en torno a las islas venezolanas en el Caribe, cuando diversas potencias metropolitanas (Francia, Holanda...) han reclamado su posesión.

Se trata de una historia que llega a confundirse con el mito en Cubagua, pues Enrique Bernardo Núñez pareciera reactualizar permanentemente la figura de la resistencia ante el invasor. La representación de la fuerza autóctona es llevada hasta su máximo poder para trascender el tiempo y el espacio y permanecer dominando en la isla.

La tendencia al éxodo también es recurrente en los textos analizados. Los margariteños que encontramos han llegado a "tierra firme" en busca de mayores ingresos económicos y de mejores condiciones de vida. Esta situación exílica es de tal magnitud que los personajes reflexionan sobre esta realidad:



"¿Por qué somos tan andariegos los de la Isla, Virgen del Valle?", solían preguntarse; y ellos mismos se respondían: "Porque tenemos las patas calientes y nos gusta correr la aventura". Pero Juan, que era reflexivo y dado a rumiar sus ideas, buscaba una explicación menos simple. Todos los pueblos, todas las regiones de Venezuela producen sus saldos de trashumantes, aunque ninguna como esa isla a la que Cristóbal Colón puso el nombre de Margarita. Un día les entra la ventolera, se meten en el bolsillo un puñado de perlas y se embarcan en un velero.

(Díaz Sánchez, 1980: 74)

No obstante, a pesar de que su objetivo es regresar algún día a la isla, la realidad pareciera ser otra pues estos personajes se asientan en el

continente y se incorporan a la vida de los campos petroleros. Muestra de ello la forma en que construyen sus viviendas:

No satisfacía a los margariteños la vida nómada del sismógrafo, ni el alojamiento transitorio en los campamentos inestables. Ellos llegaban a los lugares para quedarse, para levantar casa propia, para fundar algo, para tener mujer y hacerle un hijo.

(Otero Silva, 1974:24)

Este aspecto nos resulta de sumo interés pues si hasta ahora sólo hemos encontrado coincidencias entre la autopercepción de los margariteños y la imagen que de ellos se tiene desde el continente, en este punto sí se marca una diferencia neta. Estos capítulos de la vida laboral de los margariteños en "tierra firme" son en realidad lo que antes denominamos las "páginas perdidas" de esta narrativa, pues aquí sí se reseñan, y podemos afirmar con lujo de detalles, las condiciones de vida de estos personajes, sus expectativas, sus miedos. En resumen: su realidad y sus ilusiones.

Consideraciones finales

En conclusión, nos encontramos ante un hombre que se ha ido degradando con su espacio. Después de haber derrochado valentía y arrojo, se dejó atrapar por el miedo y la impotencia, para llegar en la actualidad a ser un individuo sin voluntad y ajeno a lo que sucede en su entorno.

Esta involución no afecta, sin embargo, la tendencia generalizada y recurrente de los individuos tanto a la soledad como al exilio. La vía de salida para el éxodo está representada por la mar, "puerta azul" (Lárez Granada, 1960:7), como la denomina un personaje, en torno a la cual gira la trama de las obras y el devenir de los hombres.

Las islas venezolanas están volcadas hacia afuera como lo deja ver el siguiente comentario:

Todos los caminos conducen al mar...! Es la expresión de asombro de quienes contemplan la Isla desde las alturas del histórico Matasiete, desde la giba del Copey empinado o desde el enhiesto Guayamurí de la leyenda. Desde cualquier parte sobresaliente de la geografía insular, se abren los rumbos hacia el



*azul infinito donde, de cuando en cuando, se rasga el horizonte
con la cortante gracia de la vela latina, en la que el viento silba la
canción de ignoradas armonías.*

(Narváez Alfonso, 1975 :145)

La mirada está siempre dirigida hacia el exterior, lo que ha evolucionado en el tiempo es el punto de atención. En sus comienzos estos textos reflejaban un profundo interés por el medio caribeño -el mar, las otras islas, los barcos, la pesca, el comercio-, con el tiempo, la orientación ha variado a tal punto que hoy la referencia a las otras islas ha prácticamente desaparecido de los textos, dando cabida a una mayor presencia del continente. Este territorio mantiene una carga negativa en todos estos textos, es el lugar donde están los recursos a los que se tiene derecho pero que han sido escamoteados hasta ahora. Aunque en condiciones de tensión, el contacto fundamental de los territorios insulares venezolanos es con el continente, lo que se ha dado en detrimento de su relación con el resto de las islas caribeñas.

Estas consideraciones contrastan con los resultados obtenidos en trabajos de percepciones mutuas entre el Caribe anglófono y latinoamérica que han observado la emergencia, en los últimos años, de una suerte de acercamiento entre ambos colectivos mediante una "suavización" de sus respectivos discursos, los cuales tenían hasta entonces una carga extremadamente crítica. (Giménez, 1990:95-97).

Nuestro corpus no nos permite afirmar que haya un acercamiento del Caribe insular venezolano hacia el resto de las islas, todo lo contrario, constatamos que esa vinculación existió en tiempos pasados y que ahora ha desaparecido, tomando su lugar el referente continental, Venezuela, país del que forman parte administrativamente.

Para concluir, es importante señalar que estas consideraciones, aunque avaladas por un importante grupo de obras, son parciales y no pueden generalizarse para el país, pues conciernen sólo a una parcela de la literatura venezolana: la insular. Tal como señalamos en las primeras líneas del presente trabajo, al hablar de Caribe venezolano debemos incorporar los componentes negro, portuario y urbano para una visión más integral.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Castro, Luis, 1974 Vira, en **El mar en la literatura venezolana** Efraín Subero, (comp.) Caracas : Ediciones del Congreso de la República.
- Díaz Sánchez, Ramón, 1980, **Casandra**. Caracas: Edime.
- Deffitt Martínez, Antonio Rafael, 1983. *Cuando la mar se puso brava*. Porlamar: Estudio 70 Editores.
- García, Toribio, 1960. **Cuatro cuentos**. Caracas: Ediciones Mástil.
- Giménez Saldivia, Lulú, 1990 "Percepciones mutuas a través de la literatura", en, ¿Vecinos indiferentes? El Caribe de habla inglesa y América Latina. Caracas: INVESP ; Editorial Nueva Sociedad.
- Gómez, Ángel Félix , 1985. **La firma de Dios**. Isla de Margarita:s.e.
- Guaique, Chevege, 1974, **Paique y otros relatos**. Caracas: Fondo Editorial Salvador de la Plaza.
- Guerra Salcedo, Régulo, 1991a. "Sueño como de lluvia", en Los peces tienen sed. Porlamar : Fondene.
- Guerra Salcedo, Régulo, 1991b. "...Había una vez una bandera que no tenía color", en Los peces tienen sed. Porlamar : Fondene.
- Guerra Salcedo, Régulo, 1991c. "Maleno se murió de bocesuelo grande cuando aún era de Margarita la canción salobre del yaguarey madero", en, Los peces tienen sed. Polamar: Fondene.
- Lárez Granado, Francisco, 1960. **Éxodo**. Isla de Margarita, s.e.
- Malaver González, Roberto, 1985. **El discurso más claro de la historia**. Caracas: Ediciones Leña.
- Narvárez Alfonso, Heraclio, 1975. **El paraíso del Caribe**. Caracas; Madrid: Casuz Editores,s.r.l.
- Otero Silva, Miguel, 1974. **Oficina N. 1**. Barcelona, España: Círculo de Lectores, S.A.
- Quijada, Francisco, 1974. "Manote", en, **El mar en la literatura venezolana**. Efraín Subero(comp.), Caracas : Ediciones del Congreso de la República.



Rosa Acosta, Rosauero, 1970. **La balandra de la madama**. [Porlamar]: Tip. Avance.

Rosas, Arnoldo J., 1993. **Igual**. [Porlamar]: Ediciones Guaicamar.

Salazar Meneses, José, 1974. "Las velas vacilantes", en, El mar en la literatura venezolana, Efraín Subero (comp.), Caracas: Ediciones del Congreso de la República.

Subero, Efraín, 1960. **Campo sur**. Caracas : Ediciones Anda.

